victoria de los demás, consumiendo tal día en cosa tan vana, tan frívola y tan perversa.

III

¿Acaso no sabes que, como nosotros, cuando damos dinero a nuestros esclavos, les exigimos cuentas hasta de un óbolo, así Dios nos pedirá razón de los días de nuestra vida, de qué manera empleamos cada uno de ellos? Y ¿qué le responderemos? Y ¿cómo nos defenderemos cuando nos exija cuentas de aquel día? Por ti salió el sol, por ti la luna iluminó la oscura noche, y brilló el lucido coro de los astros, por ti soplaron los vientos, corrieron los ríos, por ti germinaron las semillas y nacieron las plantas, y conservó la naturaleza su propio curso, y amanecieron los días, y pasaron de largo las noches; todo esto sucedió por ti, y tú, a pesar de servirte todas las criaturas, ¿cumples la voluntad del demonio? Y recibiendo de Dios tal mansión como este mundo, ¿no le has prestado reconocimiento?

Y no te bastó el primer día, sino también el día siguiente, cuando debías detenerte un poco para ver el pecado cometido, te lanzaste de nuevo al teatro; corriendo del humo al fuego, de un abismo a otro más temible. ¡Deshonraban los ancianos sus canas, y arrojaban al precipicio los jóvenes su juventud, y los padres conducían a sus hijos, empujando desde un principio su edad inexperta, hasta el abismo de la maldad. ¡No se equivocaría quien en vez de padres llamase paricidas a quienes de este modo pierden las almas de sus hijos!

IV

¿Y qué mal hay en esto? me decís. Esa es principalmente mi amargura; que estás enfermo, y no sabes que estás enfermo, ni llamas al médico. Quedaste lleno de ideas impuras y preguntas ¿qué mal hay? ¿Nunca has oído las palabras de Cristo: *Quien mira lascivamente a la mujer, ya ha pecado* (Mt., 5, 28)? ¿Y qué con eso, dirás, si no miro lascivamente? Mas ¿cómo me podrás persuadir de ello? Porque quien no puede refrenar su vista, sino que pone tal empeño en darle gusto, ¿cómo después de haber mirado podrá quedar en pie? ¿Tienes acaso cuerpo de piedra? ¿Lo tienes de hierro? De carne estás vestido, y de carne humana, que se inflama con la concupiscencia más fácilmente que el heno. Y ¿qué digo en el teatro? en la calle me turbo yo si me encuentro con alguna mujer: y tú, sentado en el palco, donde hay

tantos incentivos de lujuria, viendo a una meretriz que sale suelta la cabellera con gran desvergüenza, con vestiduras de oro, consumida por la liviandad y molicie, cantando cantares obscenos, versos lúbricos, diciendo palabras desvergonzadas, haciendo tales gestos [15] como tú que los viste te los puedes figurar, miras al suelo y te atreves a decir que no te pasa lo que a los demás hombres? ¿Es tu cuerpo de piedra? ¿Es de hierro? ¿Eres tú más firme que aquellos grandes y generosos varones, que por sólo una mirada fueron derribados? ¿No has oído lo que dice Salomón? *¿Podrá nadie andar sobre brasas encendidas, y no quemarse los pies? ¿Podrá nadie guardar el fuego en su seno, y no quemarse los vestidos? Tal es el que comunica con mujer ajena* (Prov., 6, 28, 27, 29).

Y aunque constantemente la deshonestidad, con tu deseo la consumaste, y en tu pensamiento cometiste el pecado. Y no sólo en aquellos instantes, sino aún después del teatro; ya la meretriz se ha retirado, y llevas grabada su imagen en tu alma, con sus palabras, sus gestos, sus miradas, su paso, sus movimientos candenciosos, los meneos de su impuro cuerpo; y te retiras traspasado de innumerables heridas. ¿De dónde sino de aquí las ruinas de las familias? ¿De dónde la pérdida de la vergüenza y castidad? ¿De dónde la división de los casados? ¿De dónde sus guerras y rencillas? ¿De dónde esos desabrimientos tan sin juicio? Porque después que saciado te llegaste a tu casa cautivo de ella, ya tu esposa te parecía más desapacible, tus hijos más importunos, tus criados fastidiosos, tu casa cargosa, tus cuidados de costumbre para el arreglo de lo necesario de tu casa se te hacen enojosos y cualquiera que se presenta, pesado e insoportable. La razón es ésta: no volviste solo a casa, sino llevando contigo a la meretriz, no descubierta y manifiestamente (que sería más leve daño, porque pronto la apartaría tu esposa), sino sentada en tu pensamiento y conciencia, y encendiendo dentro un horno de Babilonia, y todavía más terrible que aquel, pues no tiene por combustible estopa, nafta y pez, sino todo lo que ya hemos dicho, y todo lo habido y por haber. Y así como los que se abrasan con fiebre, sin tener de que quejarse contra los que les sirven por la molestia de la enfermedad se hacen desabridos con todos, rehusan los alimentos, se enfadan con los médicos y se enfurecen contra los que van a auxiliarlos; así también los que están enfermos de esta terrible enfermedad, andan abatidos, llenos de desabrimiento, viendo en todas partes aquella mala mujer.

V

¡Oh desgracia de desgracias! El lobo y el león, y las demás fieras heridas, huyen del cazador; mas el hombre racional herido sigue a quien le hirió, de modo, que recibe otro dardo mucho peor, y padece con gusto su herida, y lo que es más acerbo aún, hace su enfermedad incurable. Porque quien no aborrece la úlcera ni quiere verse libre de ella, ¿cómo ha de llamar al médico? Esto me causa honda tristeza y quebranto, que os retiráis de allá con tanta ruina de vuestra alma, y por un pequeño placer sufrís continuo pesar; porque ya antes del infierno y del suplicio de la otra vida, os causáis aquí a vosotros mismos el tormento más extremo. Y si no, dime: ¿no es el mayor castigo alimentar semejante concupiscencia, y abrasarse en ella continuamente, llevar en todas partes un horno de impuros amores, y sufrir el remordimiento de la conciencia? ¿Y cómo subirás a aquellas puertas celestiales? ¿Cómo participarás de la sagrada mesa? ¿Cómo podrás oír los elogios de la continencia, lleno de tales úlceras y heridas, y teniendo el alma esclava de la pasión?

VI

¿Y para qué decir más? Por lo que en estos momentos hacéis se puede ver la amarga tristeza de vuestras almas: ahora mismo estoy viendo cómo, mientras hablo, se golpean algunos las frentes; y os doy el parabién, porque sois un pueblo tan misericordioso. Y al punto se me ofrece que hacen esto muchos de los que no han pecado, doliéndose de las heridas de sus hermanos. ¡Y esto es lo que me causa gran pena y quebranto, que desgarre el diablo un rebaño como éste! Pero si queréis pronto le cerraremos la puerta. ¿De qué manera? Si sanamos a los enfermos, si extendemos la red de la santa doctrina, si vamos a buscar a los que han sido presa de las fieras, y a arrancarlos de las mismas fauces del león. Y no me digas: *Pocos son los extraviados del rebaño.* Aunque sean solos diez, no es pequeña la pérdida; y aunque sean cinco, y aun dos, y aun sólo uno. También aquel buen Pastor dejó por esto las noventa y nueve ovejas, y corrió tras una, y no volvió hasta traerla consigo, y llenó el número de cien, que se había destruido por la defección de esta oveja perdida. No me digas, pues, que es una; sino acuérdate que es un alma por la cual fueron criadas todas las cosas visibles, por la cual se estatuyeron leyes y castigos, y

penas, y se hicieron mil cosas maravillosas, y tantas y tan variadas obras de Dios; por la cual no perdonó ni a su Hijo Unigénito. Piensa bien qué precio se dio aun por sólo uno, y no desprecies su salvación; antes sal a buscarle, y devuélvenoslo, y persuádele que no vuelva a caer en lo mismo, y entonces será suficiente nuestra excusa.

Pero si no hiciere caso ni de mis consejos ni de vuestras exhortaciones, haré por fin uso de la autoridad que Dios me ha dado, no para destrucción, sino para edificación.

VII

Por eso os advierto de antemano, y con voz bien clara y elevada os anuncio, que si alguno, después de esta exhortación e instrucción, se lanza a presenciar esos perdidos e ilícitos espectáculos, no le recibiré dento de este recinto, no le administraré los sacramentos, no le permitiré llegarse a la sagrada mesa, sino que, como los pastores apartan de entre las sanas a las ovejas roñosas, para que no comuniquen su enfermedad a las demás, así obraré también yo. Porque si antiguamente el leproso era lanzado fuera de las murallas, y aun cuando fuese rey, era arrojado fuera con su diadema, con mayor razón nosotros arrojaremos de este sagrado recinto a quien tiene lepra en el alma. Y así como al principio me he valido de exhortaciones y consejos, así ahora, después de tal exhortación e instrucción, preciso es cortar por lo vivo. Porque ya hace un año que vine a esta vuestra ciudad, y no he cesado jamás de deciros muchas veces esto mismo. Ya, pues, que algunos no quieren dejar su lepra ¡ea!, ahora ya, cortemos por lo vivo. Y si no tengo espada, tengo una palabra más cortante que toda espada; y sino tengo fuego, tengo una doctrina más ardiente que el fuego, y capaz de abrasar más eficazmente que él. No despreciéis, pues, mis palabras, porque, aunque soy despreciable y miserable, pero con todo, por la gracia de Dios, tengo en mis manos una dignidad que puede todo esto, *¡Sean, pues, excomulgados los tales, para que los sanos se conserven más sanos, y los enfermos se repongan de tan grave enfermedad!* Y si os habéis horrorizado al oír esta frase (porque a todos os veo cabizbajos y sin aliento), conviértanse y quede anulada la excomunión, porque así como tenemos potestad para atar, así la tenemos para desatar y reducir de nuevo a la Iglesia. Y no queremos cortar de este cuerpo a nuestros hermanos, sino arrojar de la Iglesia la ignominia.

Ahora, en tanto, se reirán de nosotros los gentiles y se burlarán los judíos, cuando por nuestros pecados así nos despreciamos; pero después ellos mismos nos alabarán más que nadie, y admirarán a la Iglesia, y venerarán nuestras leyes. Nadie, pues, de los que perseveren en semejantes impurezas se llegue a la Iglesia; antes sea castigado por vosotros, sea tenido por común enemigo. *Si alguno, dice San Pablo, no obedece a nuestras palabras por medio de esta carta, a este tal notadle y no os mezcléis con él* (2 Tes., 3, 14). Haced eso mismo vosotros: no les respondáis, ni lo recibáis en casa, ni estéis con ellos a la mesa, ni al entrar, ni al salir, ni en la calle, que así los ganaremos fácilmente. Y como los cazadores a las fieras más astutas las acosan no por una sino por todas partes, empujándolas hacia la red, acosemos también nosotros de este modo a los que se han convertido en fieras, y pronto, yo por un lado, vosotros por otro, los meteremos en las redes de la salvación. A fin, pues, de que esto suceda, indignaos también vosotros como yo, o mejor dicho, entristeceos por el desprecio de las leyes de Dios, y apartaos por un poco de tiempo de vuestros hermanos víctimas de tan grave enfermedad y desprecio de la ley, para que los podáis tener siempre con vosotros. Porque no será leve vuestro juicio, si despreciáis esta pérdida, antes recibiréis terrible castigo. Puesto que si entre los hombres, cuando huye un siervo después de haber robado algo de oro o plata, no es castigado tan sólo él, sino también todos los que lo sabían y no le denunciaron, mucho más en la Iglesia de Dios. Porque te dirá entonces Dios: "Tú que veías, no ya cómo se robaban en mi casa los vasos de oro y plata, sino cómo era saqueada la continencia, y cómo el que recibía mi Cuerpo precioso y participaba de tal sacrificio se pasaba al bando de Satanás y cometía semejantes desafueros, ¿cómo callaste? ¿Cómo lo toleraste? ¿Cómo no se lo avisaste al sacerdote?" Y entonces te exigirán cuentas con todo rigor.

Por eso también yo, por más que os haya de doler, no perdonaré a los más dolorosos castigos. Porque mucho mejor es sufrir aquí tristeza, y libraros del juicio venidero, que halagaros con mis palabras y ser entonces condenado con vosotros. No es para mí seguro ni sin peligro el sufrir tales cosas en silencio. Porque cada uno de vosotros responderá de su propia alma; mas yo tento que responder de la salvación de todos vosotros. Por esto no cesaré de hacer y decir cuanto pueda, por más que os entristezca, por más que os parezca acerbo e insoportable, de modo que pueda presentarme en aquel terrible tribunal sin mancha

ni ruga o cosa parecida. ¡Ojalá por las oraciones de los santos vuelvan pronto los perdidos, y los que han quedado ilesos adelanten más y más en santidad y pureza, para que vosotros os salvéis, nosotros nos alegremos, y Dios sea glorificado ahora y siempre y por los infinitos siglos de los siglos! Amén.

HOMILIA SOBRE EL SANTO JOB

El título es: HOMILIA EXHORTATIVA DICHA EN EL TEMPLO DE SANTA ANASTASIA REPRENDIENDO A LOS AUSENTES, Y DEMOSTRACION DE LOS CERTAMENES Y LUCHAS DEL BIENAVENTURADO Y JUSTO JOB.

Predicóse esta homilía el año 398, y como se ve por el título, en la iglesia de Santa Anastasia, en Constantinopla. Nos da a entender el mismo título y las primeras palabras de la homilía, que el auditorio fue escaso, y de esto tomó San Juan Crisóstomo ocasión para escarmentar a los que no habían venido, de una manera bien original, digna de ser imitable, y la más provechosa para atraerse oyentes que quieran sacar fruto, que fue hacer la homilía tanto mejor, cuanto era menos el auditorio.

He aquí las principales ideas:

I.1) Cuanto menos gente, mejor sermón; así, los que no han asistido escarmentarán, y ellos y vosotros os aprovecharéis más.

2) Nuestra alma, como la tierra (comparación que explica con un texto) requiere mucho cuidado: a) para librarse del mal; b) para alcanzar la virtud; c) para conservar lo alcanzado, y esto último, porque el diablo pone más empeño en derribar a los virtuosos; ilustra esto mismo con una hermosa semejanza de los corsarios, que sólo acometen a las naves bien provistas.

II. Esto le pasó a Job (narración breve de sus luchas y victorias), y siempre fue fiel a Dios, (parte 1.ª) en la adversa, y (parte 2.ª) en la próspera fortuna; por eso es ejemplar y dechado de pobres y ricos.

Parte 1.ª Job en la adversidad (desde el § III hasta el IX).

III.1.º Sufrió innumerables trabajos.

IV.2.º Sufrió todos los trabajos de golpe; esta parte primero la explica en *general*, por una gradación; después *en particular*, cómo le hicieron sufrir: a) la enfermedad y el muladar; b) las palabras de su mujer; c) los insultos de sus amigos; d) las visiones nocturnas.

V.3º Sufrió todos los trabajos con exceso; todo en él era extremo (primero en general, después en particular).

VI.4.º Arguye por comparación con su anterior fortuna.

VII.5.º Sufría más, por ver su propia inocencia.

VIII.6.º No tenía los ejemplos de otros varones santos, y sobre todo de Cristo, y a pesar de esto llegó a la cumbre de la virtud.

Parte 2.ª Job en la prosperidad; sus virtudes: (desde el § IX hasta el XIV).

IX.1.º Su caridad: a) en socorrer a necesitados; b) en constituirse en su juez para defenderlos, y tomar por su mano la justicia.
X.2.º Su humildad: juzgándose igual a los siervos.
XI.3.º Su amabilidad.
XII.4.º Desprecio de las riquezas; largueza.
XIII.5.º Su recato: a) en la vista; b) en evitar reuniones.
XIV. Excita a toda clase de personas a la imitación de Job, tanto en la prosperidad como en la adversidad.

I

Cuanto es menor de lo acostumbrado la concurrencia, tanto será mayor mi diligencia y empeño. Porque no sería justo que la pereza de los que no han venido echara a perder nuestros esfuerzos y trabajo; antes, por eso mismo, voy a poneros una mesa mejor abastecida, para que viendo este escarmiento los que han faltado, sean en adelante más diligentes en acudir a estas reuniones. Por esto también os exhorto a vosotros, carísimos hermanos, a atender a lo que diga, puesto que así será doble la ganancia; una vez que, comunicando a los que no han venido lo que se diga, los haréis más diligentes e instruiréis más vuestra alma en la verdadera ciencia. Porque así como la tierra descuidada produce malas hierbas, pero, si constantemente es trabajada por la mano del labrador, produce sazonados frutos, así también el alma del hombre, si yace en su pereza, engendra espinas de pecados; si es diligente, produce el espigado fruto de la virtud. Por eso el sabio nos amonesta diciendo (Prover., 24, 30-31): *Como un campo es el hombre sin prudencia, y como una viña el hombre falto de entendimiento; si le abandonares, se llenará de ortigas y maleza.*

Pues bien; para que esto no suceda ahora, manejamos constantemente la hoz de la predicación, y si algo malo germina, constantemente lo cortamos; si algo florece con esperanza de fruto, con diligencia continua lo fomentamos y regamos, y cuidamos que llegue a sazón. Porque doble es, o mejor dicho, triple el cuidado que necesitamos: primero, para librarnos del mal; segundo, para alcanzar la virtud; tercero, para una vez alcanzada, conservarla, para lo cual es preciso muchísimo trabajo; puesto que aquel maligno espíritu a quien da tanta rabia nuestro bien, a los buenos es a quienes acomete con más fuerza; y así como los piratas y corsarios, si ven una nave cargada de arena, la dejan pasar; pero si la ven llena de precioso cargamento y henchida de riqueza, entonces lánzanse sobre ella, barrénanla por debajo, acométenla por arriba, y no hay ardid ni máquina de que no se

valgan; así también el demonio tiene costumbre de acometer, y envidiar, y poner asechanzas, principalmente a los que conducen gran cargamento de virtud.

II

Tantos hombres como había en la tierra en tiempo de Job, y, sin embargo, contra sólo él ser armó el demonio y movió todas sus baterías; mas no por eso pudo hacerle naufragar, antes le proporcionó mayor carga y riqueza de merecimientos. Porque condición es de la virtud, que acometida se robustezca, y acechada se afiance y asegure. Así sucedió con el santo Job, que atacado de todas partes, se afianzó más y más; y expuesto a los golpes de mil dardos, no se rendía; antes dejo vacía la aljaba del demonio y no socumbió, ni cedio a su astucia, sino que, como excelente piloto, ni al enfurecerse el mar y revolverse las ondas se sumergía, ni se rindió a la desidia con la calma y serenidad; antes, en entrambas alternativas de fortuna, conservaba la misma maestría; así fue, que ni el viento de la riqueza le hinchó, ni le abatió la pobreza, ni cuando iban sus negocios con próspera corriente era soberbio y flojo, ni cuando casi toda su casa se revolvió de arriba abajo y le sobrevino la completa ruina, se turbó en lo más mínimo, sino que dio gallardas muestras de su ánimo varonil. Oiganlo bien los ricos, óiganlo los pobres, que para entrambas clases es útil la doctrina, o mejor dicho, para todos los hombres es provechosa esta historia, para los que se ven en prosperidad, y para los que viven en la adversidad.

III

Porque manejando ambas clases de armas este atleta de la virtud, este vencedor laureado, con ambas triunfó y erigió el trofeo; y acometiéndole el demonio con toda clase de combates, en todos le hizo frente, y en todos fue proclamado vencedor; y como generoso soldado, que sabe luchar de noche o de dïa, en los muros o en las naves, a pie o a caballo, con lanzas o con hondas y proyectiles, y salir de todo género de combate superior a sus enemigos, y triunfar por completo; así el valeroso Job sufrió con mucha magnanimidad toda clase de tentaciones, la pobreza, el hambre, la enfermedad, la tristeza, la pérdida de sus hijos, y el sufrimiento de parte de sus amigos de su mujer, de sus siervos, de toda su casa. Porque no había miseria humana que

no se agotara en su cuerpo. Pero, con todo, logró volar sobre las redes y subir más alto que las varetas y trampas armadas por el demonio. Y lo más admirable es que le sobrevinieron todas las tentaciones, y todas con exceso, y todas de golpe.

IV

1. En efecto, no consideres tan sólo qué males padeció, sino añade, que no los padeció ni poco a poco, ni con interrupción, sino todos de golpe y al mismo tiempo. Y a fe que no fue pequeño el aumento de sus tentaciones, porque sería imposible hallar ningún otro hombre, que todos los males los hubiera sufrido de una vez, sino que si alguien hubo de luchar con el hambre, disfrutó de buena salud; y si sitió el aguijón de la pobreza y enfermedad, tuvo muchas veces una esposa que le animara a sufrir el infortunio, y se le convirtiera en puerto de refugio; y si no tuvo tal esposa, tampoco tal que le diera semejantes consejos de perdición; y si tal que le diera semejantes consejos de perdición, a lo menos no perdió a todos sus hijos de golpe; y si los perdió de golpe, pero no con tal modo de muerte; y si con tal modo de muerte, a lo menos tuvo amigos que le consolaran; y si no tales que le consolaran, tampoco tales, que así le insultaran; y si tales amigos que le insultaran, a lo menos no siervos que le escarnecieran; y si siervos que le escarnecieran, pero no tales que le escupieran en su mismo rostro; y si quienes le escupieran al rostro, pero a lo menos no se vio aguijoneado por tal género de enfermedades; y si se vio aguijoneado por la enfermedad, pero tuvo a lo menos una casita o choza, y no estuvo sentado sobre el estiércol, y si estuvo sentado sobre el estiércol, tuvo a lo menos quien le tendiera la mano; y si no tuvo quien le tendiera la mano, tampoco quien se lanzara sobre él. Mas Job sufrió todos estos males, y, lo que es más admirable, como antes he dicho, todos de una vez; con lo cual parecen doblarse y triplicarse las desgracias, cuando ni siquiera el consuelo de las treguas tiene el combatiente, sino que con lo no interrumpido del ataque se aumenta la turbación y crece el aturdimiento, como a él le aconteció.

Puesto que a la pérdida de las ovejas y al incendio siguióse el robo de los bueyes y a éste el hurto de los asnos, y a éste el apresamiento de los camellos y el degüello de los criados, y a éste la pérdida de los hijos y aquella muerte horrible y extraordinaria, y aquella sepultura todavía más horrible (pues uno mismo fue el sito de la muerte

y la sepultura), y la mesa, poco antes llena de manjares, lo estaba ahora de cuerpos destrozados, y los vasos, llenos antes de vino, ahora lo estaban de sangre, y siguióse, finalmente, el espectáculo de los miembros desmenuzados.

2. Y a pesar de todo, después de tan terrible tragedia le espera otra más terrible, cuado todavía no ha respirado un momento. Los hervideros de gusanos, los manantiales de podre, el asiento sobre el estiércol, la teja para raerse los costados, el hedor de las úlceras que le acarreaba aquella hambre tan peregrina, y por otra parte, no le permitía tocar los alimentos que tenía ante sus ojos, y le causaba aquel desabrimiento más insoportable que el hambre; y esto no dos, ni diez, ni veinte, ni cien días, sino meses y más meses. Ni pararon aquí las luchas, sino que estando él así como asado vivo por todas partes, por dentro y por fuera, vienen sobre él las máquinas y astucias de su mujer. En efecto, conviértese su consorte en arma del demonio, y lanza dardos a su esposo con aquella lengua vendida a Satanás, y le arroja saetas de palabras en extremo acerbas y perniciosas. Ni tuvieron aquel término los combates, antes no eran éstos, a su vez, sino ensayo y comienzo de la batalla. Porque una vez que el demonio quedó frustrado en sus tentativas, preséntasele el coro de sus amigos, ocultando bajo el rostro de compasión afectos de enemistad; y viéndole caído, le insultan, y le restriegan las heridas, sucediéndose los unos a los otros, no dejándole ni respirar siquiera, dando alrededor mil vueltas, y danzando una danza insoportable.

3. ¿Queréis que también os diga la inaguantable prueba que soportó durante la noche, por ser como es tan extraordinaria e increíble? Porque a todos los demás hombres, aunque padezcan innumerables desgracias, aunque habiten en cárceles, aunque estén atados a una cadena, aunque lamenten sus infortunios, aunque tengan el cuerpo lleno de lepra, aunque se vean oprimidos por la pobreza, por la enfermedad, por los trabajos, por las calamidades; con todo, la venida de la noche les trae la medicina del consuelo, librando al cuerpo del trabajo, aliviando al alma de cuidados penosos; pero a Job, el puerto se le convirtió en escollo, y el remedio en herida, y el consuelo le era un socorro peor que la misma tristeza, y en la noche, que a todos los hombres suele ocasionar serenidad, se le acrecentaba una tempestad más temerosa; y escapaba, sí, de las oleadas del día, pasando por insufribles tristezas, mas se encontraba con triplicado oleaje, y torbellinos, y bajos, y escollos, de suerte que de nuevo ansiaba las revuel-

tas olas del día. Por esto, él mismo, explicando este padecimiento inaudito, clamaba diciendo: *Después de acostado, digo: ¿cuándo vendrá el día?; después de levantarme, digo: ¿cuánto llegará la tarde?* (Job, 7, 4) ¿Y por qué así? dime. Durante el día con razón suspiras por la noche (con el nombre de tarde daba a entender la noche), puesto que es el término de todos los males del día: pero en la noche, que trae consigo el reposo y olvido de todas aquellas congojas y cuidados, ¿por qué ansías de nuevo el día? "Porque para mi es más terrible que el día la noche; puesto que no sólo no me proporciona el descanso y término de los trabajos, antes los aumenta, y con ellos las perturbaciones y las inquietudes". Y expresando esto mismo decía: *Amedréntasme con sueños; y con visiones me aterrorizas* (Ibid., 14). Porque era aterrado, viendo durante la noche espantosas visiones, y sufriendo miedo intolerable y gravísimo espanto y horror.

V

1. ¿No os habéis cansado de oír tales y tan continuadas desgracias? Pues él no se cansaba de sufrirlas. Por eso os exhorto, amados hijos, que resistáis un poco más; porque aún no lo he dicho todo, ni he ponderado el tercer exceso de sus desgracias.

El primero era, que solo él sufrió en su cuerpo todos los males humanos; el segundo, que los sufrió todos de una vez, y ni por acaso tuvo interrupción; quiero, pues, ahora, hablaron de otro tercero. ¿Y cuál es? Que cada uno de los males anteriores no sólo le sobrevino de golpe, sino con mucho exceso y vehemencia. Porque su pobreza fue más terrible que toda otra pobreza, y lo mismo se diga de su enfermedad, y su asiento en el estiércol, y la pérdida de sus hijos, y la de todos sus haberes. Veámoslo: ¿ha perdido uno sus haberes?; pero no tan por completo, ni de aquella manera. ¿Ha perdido sus hijos? mas no todos a una, ni tantos, ni tan buenos. ¿Ha caído en una enfermedad? mas no de tal género, sino o en unas calenturas, o en una lepra, o en otro padecimiento ordinario. Mas aquella su lepra era peregrina, y sólo conocida de quien la padeció. Porque no hay palabras que puedan expresar lo acerbo de aquellas úlceras, y lo congojoso de las heridas; me basta tan sólo deciros quién era el que se las proporcionó y su rabia sin medida, para mostraros por el mismo hecho la grandeza de su enfermedad.

2. Extraordinario era y bien extraño aun su mismo lecho. Porque no ha habido, no ha habido jamás pobre tan expuesto a la intemperie

por todo el tiempo, como él permaneció desnudo de sus vestiduras, sin una miserable choza, lleno de úlceras, sentado sobre el estiércol.

3. ¿Que tuvo alguien una mujer malvada? mas nunca jamás tan malvada, que en desgracia semejante acometiera a su marido, y aguzara contra su alma la espada, y le diera tan perniciosos consejos.

4. Extraño es también el comportamiento de sus amigos y no menos el de sus criados; y todavía es más extraña su hambre, cuando teniendo la mesa delante, no podía gustar de ella.

VI

¿Queréis que os diga también el cuarto colmo de sus desgracias? Sí, hablo de su antigua riqueza y felicidad. En efecto; quien desde un principio vivió en pobreza, más fácilmente la soporta, como acostumbrado ya a sufrirla; pero a quien ha caído de tal felicidad, por la falta de ejercicio y costumbre, es preciso se le haga más ruda la experiencia, más acerbo el dolor, más grave la turbación.

VII

Puédese añadir todavía el quinto colmo. ¿Y cuál es éste? Que cualquiera de los demás hombres, como tienen conciencia de sus muchas maldades, ve la causa de lo que padece; y no es esto poca parte para el consuelo; mas Job, ni siquiera podía pensar que pagaba la pena de sus culpas y pecados, y esto era lo que más turbación causaba a su alma.

Porque cuando dirigía una mirada a su vida y su conciencia, más resplandeciente que el sol, y a la multitud de sus buenas obras, veíase digno de coronas y palmas e innumerables galardones; mas cuando miraba a su cuerpo, y a sus úlceras, y a todo lo que le acababa de suceder, al verse víctima de más atroces penas que los que se han lanzado al extremo de la maldad, ni siquiera podía hallar la causa a que poder atribuir tales padecimientos. Por eso, acogiéndose a lo incomprensible de la divina Providencia, decía: *Como al Señor le ha parecido, así ha sucedido* (Job, I, 21). Y tapando como podía la boca a su mujer, le hizo un razonamiento que muestra poderosamente su piedad, diciendo así: *Si los bienes los recibimos del Señor, los males ¿no los aguantaremos* (Job, 2, 10)?

VIII

¿Añadiré otro colmo, que es la principal corona y victorioso pregón de aquel atleta, y claro indicio de la alteza de su alma que tocaba el mismo cielo?¿Cuál es este colmo? El que se deduce de la diferencia de los tiempos; porque nacido antes de la gracia y de la ley, tuvo tan divina sabiduría. Y no es pequeño este honor, sino digno de que por él se le entretejan a millares guirnaldas y coronas. Puesto que aun en unas mismas obras no merecen dos hombres un mismo premio, si el uno las llevó a cabo en los tiempos anteriores, y otro en los posteriores, antes mucho mayor el primero. Porque no era lo mismo ser virtuoso después de la venida de los ejemplos, de las exhortaciones, de los consejos de Cristo, que hacer tales proezas antes de su venida, y de la ley, y de los profetas. Por esto Jesús, después de su venida, exigía mayor caudal de virtud, diciendo: *Si no abundare vuestra justicia más que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (S. Mt. 5, 20). Porque cuanto era mayor la enseñanza, tanto se estableció una medida más cumplida de justicia y de virtud. Mas Job, sin haber gozado de tan celestial doctrina, sin haberse dedicado a las letras, sin tener los Libros Sagrados, sin haber visto a otros virtuosos, sin poder recurrir a los tiempos anteriores, ni traer a la memoria personas virtuosas (puesto que aún no había escritura ni historia que le proporcionara lo antes sucedido), hallándose en un camino no trillado, en un mar no navegado, en medio de tantas nieblas de maldad, fue el único y el primero que rompió ya entonces este camino de celestial sabiduría, y puesto a la cabeza de los buenos, todavía se remontó con exceso a la cumbre de la virtud. Muy grande cosa es el cumplir aun las menores partes de la virtud; pero mucho mayor, el ser en la misma cumbre de ellas el más encumbrado. Y que la virtud de la paciencia sea la más encumbrada de todas, nadie me lo negará. Bien lo reconocía el mismo demonio, cuando decía: *Piel por piel y cuanto tiene dará el hombre por su alma (vida); y si no, extiende tu mano, y toca a su carne* (Job, 2, 4). De donde es manifiesto que esta virtud es la más alta de todas, y que requiere alma de bríos juveniles y fortaleza de hierro.

IX

Le has visto ya en las tentaciones, cuanto te ha sido posible verle; que a describir por completo todo su esfuerzo y diligencia, no ha

podido alcanzar mi discurso. Porque las angustias, las aflicciones, la tiranía de la tristeza y desmayo, y la turbación nacida de tan graves tempestades, no hay poder de palabras que puedan exponerlas a los oyentes, tal como son en la realidad. Ahora bien; voy a ponerte de nuevo a Job ante la vista (y no es lo que voy a decir cosa de ninguna importancia, sino tal que exige un alma en alto grado virtuosa y sabia), como ejemplar de celestial sabiduría en las riquezas y buena fortuna. En efecto; ¿quién era Job en medio de sus riquezas? Común puerto de todos, común padre, común médico, y aún más que médico. Oye, efectivamente, cómo dice: *Yo era ojo de los ciegos, pie de los cojos* (Job, 29, 15). ¿Ves cómo era más que médico? Hacía con los contrahechos las veces de la naturaleza; y lo que con el arte no pudieron enderezar los médicos, se lo restablecía él con el consuelo, supliendo con ellos la falta de los miembros, por el exquisito cuidado de sus prójimos. Porque, gracias, a su mucha solicitud, los que carecían de algún miembro, no sentían diferencia de los que tenían salud y entero uso de sus pies y de sus ojos, sin experimentar la falta de ellos, ni de otra parte cualquiera de su cuerpo. Y por esto no se contentó con decir: *Yo consolaba a los cojos y ciegos*, sino que dijo: *Yo era su pie y su ojo. Yo era el padre de los desamparados* (Job, 29, 16). Ni aquí tampoco dijo: *Consolaba a los huérfanos, sino, era su padre*; enseñándonos con esto, que ni siquiera les dejaba experimentar la orfandad, ni permitía que se echara de ver el mal, como quien al punto hacía desaparecer por su extremada solicitud la falta de los que tal daño padecían, y ni aun les dejaba sentir su desgracia. Ni se contentaba con curar a los cojos, y aliviar a los huérfanos, haciendo con los unos el oficio de miembros, y con los otros el de padre, sino que espontáneamente se hacía juez para favorecerlos; y todavía más que juez: *Porque la justicia*, dice, *que no sabía, la averigüe, y quebranté las muelas de los injustos, y de entre sus dientes les arranqué la presa* (Job, 29, 17). Esto es ser mucho más que juez. Porque los jueces esperan sentados a los que han sido víctimas de alguna injusticia, y después que éstos se les presentan, entonces prestan su ayuda; y esto los mejores de ellos; como que los más ni esto hacen; mas Job aun a los mejores superó, y aun tiró la barra mucho más lejos. Porque ni esperaba que los ofendidos e injuriados fueran a él, ni les acudía con el remedio tan sólo después que se le presentasen, sino que él se anticipaba y daba vueltas buscando a los injuriados; ni los buscaba de cualquier modo, sino con mucha vigilancia, con mucho cuidado. Y

esto lo verás muy bien si te fijas en la fuerza de la frase; porque no dijo *busqué*, sino, *la justicia que no veía la averigüé;* esto es, la indagué, la escudriñé con diligencia y mucho trabajo, no dejé piedra por mover, a fin de hacer no se me ocultara en ninguna parte algún injuriado. ¿Has visto la vigilancia de su alma? Mira también su tesón varonil. *Y quebranté las muelas de los injustos.* La misma facultad, el poder mismo de morder, dice, se lo quité, de modo que en adelante quedaran incapacitados para otra injusticia. A entrambos, por consiguiente, aprovecha; a los unos librándolos de sufrir injusticias, a los otros de cometerlas, haciéndolos más avisados. Además, ¡qué vigor y fortaleza! *Y de en medio de los dientes, les arranqué la presa.* Porque no perdí el ánimo ni la esperanza, por más que ya la presa estaba hecha, sino que aun cuando ya se la hubiesen tragado, se la sacaba, mostrando en esto para con mis consiervos el cuidado de un excelente y vigilante pastor.

X

¿Y su humildad? ¡Cuán digna es de que la consideres! *Sí desprecié el juicio de un siervo o sierva, juzgándome ellos. Porque, ¿qué haré si hace el Señor indagación sobre mí? ¿Acaso, como yo nací del vientre, no nacieron también ellos* (Job, 31, 13-15)? ¿No ves un alma contrita y que atentamente considera la naturaleza de los hombres, y sabía bien lo poco que significa eso de esclavo y libre que anda en boca de tantos? Así, que desechando esas diferencias, por la igualdad del nacimiento hace un raciocinio de celestial sabiduría. Y lo más admirable es, que al hacer esto no pensaba que se humillaba, sino que llenaba su deber. Por eso añadió una razón, con que a todos los hombres persuade a que no se ensalcen creyéndose mayores que los siervos, aunque por cien títulos sean señores. Porque estos nombres de esclavo y libre son unos nombres vacíos de significación; antes la esclavitud es el pecado, la libertad, la justicia.

XI

¿Y sería Job humilde, mas no deseable ni querido? ¡Cuán amable era! Mira también aquí otro extremo suyo. Porque así como en las desgracias arrastraba con toda fortaleza y prontitud las que le sobrevenían, así en la fortuna favorable cultivó cada virtud con extremada

diligencia; no simplemente y como quiera, sino hasta llegar a la misma cumbre de ella. *Y si muchas veces decían mis esclavos: ¿quién nos diera saciarnos de sus carnes? Por ser yo en extremo bueno* (Job, 31, 31). Aquí nos muestra el loco amor que los siervos le tenían, hechos ardientes amadores suyos, por las muchas demostraciones de amor que él les había dado. "Porque me estaban, dice, tan pendientes de mí, tan adheridos, tan clavados, tan llenos de amor, que hasta de mis carnes mismas deseaban saciarse, y comerme y beberme, por la intensidad y ardor con que me amaban."

XII

¿Y qué decir de su desprecio de las riquezas? Porque también esta virtud la tuvo en sumo grado. En efecto, no sólo no deseaba lo ajeno, pasión de la mayor parte hoy día, pero ni aún siquiera lo propio; antes aún de esto se desprendía con toda generosidad. Por eso también decía: *Si me gocé de tener muchas riquezas, si ambicioné piedras preciosas* (Ibid., 25 et 24). Esta es la razón por qué, cuando le fueron quitadas, llevaba la pérdida con toda resignación, y cuando las tenía, hacía abundantes limosnas, alargando a todos su diestra, y abriéndoles de par en par las puertas de su casa. Porque no hacía él lo que hacen los más, que miran y remiran con mil rodeos quién es el que recibe, sino que *para todo el que se presentaba,* dice, *estaba franca mi puerta. Porque los necesitados, en cualquiera necesidad que tuviesen, no salían frustrados, y ningún peregrino salía de mi puerta con el seno vacío* (Ibid., 31, 32 et 34). ¿Has visto su generosidad? ¿Has visto su caridad, su bondad, su humildad?

XIII

¿Quieres también aprender su recato? *Un pacto,* dice, *tengo hecho con mis ojos, de no pensar en doncella ajena* (Ibid., 1). Lo que después de esto ordenó Cristo en su venida, ya él lo cumplía de hecho.

¿No le has visto, ora rico, ora pobre, ora sano, ora enfermo? ¿No le has visto, ora cuando iban sus negocios con próspera corriente, ora cuando de todo absolutamente se vio despojado? ¿No has visto cuál fue su comportamiento con los hijos, con los criados, con los ultrajados, con los huérfanos?

Y si iba también con los juglares, dice (Ibid., 5); esto es, no iba a las reuniones de los juglares. He aquí otra señal no pequeña de su

prudente recato. Porque pasó el límite de toda virtud, y teniendo tanto, era más sobrio y cuidadoso que los que nada tienen; porque no hubo pobre tan pobre que así estuviera desasido de las riquezas, como lo estuvo él siendo tan rico. (*Siguen unas pocas frases que se creen interpoladas.*)

XIV

Ea, pues, amado hijo, ¡a emular estos ejemplos, a imitarlos con fervor! Recibe la imagen que ahora hemos trazado, y grábala bien en tu alma; cuando te veas triste, acude a Job; cuando te veas rico, sírvate su ejemplo de medicina, de modo que ni por la pobreza te hundas, ni te engrías por la riqueza; si hubieres perdido los hijos, de aquí sacarás consuelo, porque aquí hallarás el colmo de las desgracias y el colmo de la paciencia; si cayeres enfermo, piensa en las fuentes de gusanos que hervían en aquella carne, y todo lo llevarás pacíficamente; si un amigo te ha armado traición, acuérdate otra vez de aquel santo, y te sobrepondrás a tu sufrimiento; si abusare de ti, quienquiera que sea, piensa lo que Job padeció de parte de sus esclavos, y hallarás muy buen remedio; si te ves asediado de alguna mala sospecha, piensa qué cosas decían de él, "que aún no pagaba la pena merecida", y qué oprobios le decían, y te sobrepondrás también a esta pasión. Porque no hay, como al principio he dicho, desgracia en los hombres, que no sufriera este varón más duro que el diamante; pues arrostró el hambre, y la pobreza, y la enfermedad, y la pérdida de los hijos, y la privación de tantas riquezas, todo de golpe; y fuera de esto, sufriendo las asechanzas de su mujer, los insultos de sus amigos, los ataques de sus esclavos, en todo se mostró más fuerte que las rocas, y esto, antes de la ley y de la gracia.

Porque no tendremos género de defensa, si nosotros, que hemos recibido tal beneficio, como es el nacer después de la ley de gracia, somos menos pacientes que Job, que a los principios y comienzos de la vida humana dio tan gallardas pruebas de celestial filosofía. Por consiguiente, a fin de que tengamos consuelo en las tristezas y enseñanza de excelente doctrina, al retirarnos de aquí, llevemos este ejemplo esculpido en nuestras almas, y emulemos a este atleta, e imitemos sus combates, de modo que tengamos también parte en los bienes futuros, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PRONUNCIADA POR SAN CRISOSTOMO CUANDO FUE ORDENADO DE SACERDOTE

He aquí la *primera* homilía que pronunció el Santo delante del pueblo, el día solemne de su elevación a la dignidad sacerdotal, que, como hemos dicho arriba (pág. 3), le confirió San Flaviano, en Antioquía, el año 386; tenía entonces San Crisóstomo unos cuarenta años, y, sin embargo, en el discurso se llama a sí mismo *jovencito despreciable*, teniendo, sin duda, en cuenta la altísima dignidad del sacerdocio.

Las principales ideas de esta homilía son las siguientes:

I. No acabo de admirarme de que se me haya conferido tan inmenso honor, y aún dudo si estoy soñando. Me admiro también de que con tanta ansia deseéis escuchar mis palabras, siendo yo tan miserable.

II. Habiendo de hablar por primera vez, estaba yo resuelto a consagrar a Dios las primicias de mis discursos, alabándole y glorificándole; pero no le es agradable la alabanza en boca de un pecador.

III. ¿Pues qué haré? Ya que no me es dado alabar directamente a Dios, le glorificaré alabando a sus siervos, lo cual le es agradable.

IV. ¿Y a quién he de alabar sino a nuestro común maestro (San Flaviano)? (Síguese un elogio de su abstinencia, pobreza voluntaria, prudencia, vigilancia.)

V. Pero con la fuerza del entusiasmo he traspasado los límites del discurso. Rogad a Dios por la Iglesia nuestra común madre, por este nuestro vigilante pastor, y no os olvidéis tampoco de mí, hijo abortivo, que tengo muchísima necesidad de oraciones.

I

¿Es verdad lo que ha acontecido conmigo? ¿Es una realidad lo que acaba de suceder, y no estoy alucinado? ¿Es de noche y estamos soñando, o es realmente día y estamos despiertos? ¿Y quién puede creer que en pleno día, estando todos vigilando y despiertos, un jovencito despreciable y abyecto ha sido elevado a la altura de tan soberana dignidad? Porque de noche nada tiene de extraño que tal suceda. De noche, algunos de cuerpo mutilado y faltos aún del necesario sustento, una vez dormidos, suelen verse a sí mismos con los

miembros enteros y hermosos, y gozando de regio banquete; mas luego ven que todas fueron ilusiones de quien duerme y sueña; que esto es lo que lleva consigo la naturaleza de los sueños, llena de mil fraudes, maravillas y quimeras. Pero no sucede así de día, y cuando se palpa la realidad de las cosas. Mas ahora todo ha sucedido y acontecido y tenido cumplimiento, como lo estáis viendo. ¡Esto, esto sí que es más increíble que los sueños! que una ciudad tan extendida y tan numerosa, un pueblo admirable y grande esté ansioso de escuchar a un despreciable como yo, como para oír de mí algo de grande y generoso; siendo así que, aun cuando brotaran de mí ríos perennes, y hubiera en mi boca manantiales de palabras, al concurrir de golpe para oírme tanta muchedumbre, pronto, con el temor, se reprimiría el torrente, y volverían atrás las corrientes de elocuencia. Mas no teniendo yo, no digo la abundancia de los ríos y fuentes, sino aún la de una mezquina lluvia, ¿cómo dejaré de temer no sea que aun esto poco deje de fluir secándose con el miedo, y me suceda lo que también suele suceder en los cuerpos? ¿Y qué sucede en los cuerpos? Que muchas veces, cuando tenemos muchos objetos asidos con la mano y los apretamos con los dedos, con el miedo los dejamos caer todos, por relajarse nuestros nervios y debilitarse la tensión del cuerpo. Esto temo yo que suceda hoy en mi ánimo; que los pensamientos que con mucho trabajo he reunido para vosotros, aunque son insignificantes y despreciables, se me olviden con el ansia, y desaparezcan sin fruto, y se me vayan dejando vacías vuestras almas. Por eso, a todos igualmente os ruego, a los que mandáis y a los que obedecéis, que ya que ha sido tan grande el aprieto en que me habéis puesto por vuestra concurrencia para oírme, me infundáis igual ánimo por vuestra diligencia en orar, y pidáis al que da palabras a los que evangelizan en mucha virtud, me las dé también a mí al desplegar mis labios. Cierto, que no os costará ningún trabajo, siendo, como sois, tantos y tales, el confortar de nuevo el ánimo de un pobre joven decaído por el miedo; y con justicia me habéis de conoceder esta petición, ya que por vosotros he hecho este ensayo, por vosotros y por vuestra caridad, que a nada cede en la fuerza de obligar y mandar, una vez que a mí, no muy ejercitado en hablar, me ha persuadido a hablaros, y me ha obligado a disponerme para el estudio cuando hasta ahora jamás he tomado parte en tales certámenes, sino que siempre me he hallado entre los oyentes, silencioso y tranquilo. Pero, ¿quién será tan duro y tan insensible que pase en silencio vuestra concurrencia, y teniendo amigos entusiastas

que le oigan, no les dirija la palabra, aunque sea el hombre más falto de elocuencia?

II

Quería, pues, al haber de hablar por primera vez en la Iglesia, ofrecer las primicias a Dios que me concedió la lengua; cosa, por cierto, la más puesta en razón, puesto que no sólo las primicias de la era y del lagar, sino también las primicias de las palabras, se deben ofrecer a Dios; y las de las palabras con tanta más razón que las primicias de los manojos, cuanto nos es más propio aquel fruto, y más agradable a Dios a quien oramos. Porque los racimos y espigas los producen los senos de la tierra, y los alimenta el riego de las lluvias, y los cultivan las manos de los labradores; mas los himnos sagrados de alabanza, los cría la piedad del espíritu, y los sustenta la buena conciencia, y los recibe Dios en los graneros del cielo. Y cuanto el alma es mejor que la tierra, tanto es mejor también su fruto. Por eso aquel grande y admirable profeta, por nombre Oseas, exhorta a los que han ofendido a Dios y quieren hacerle propicio, a que lleven consigo, no rebaños de bueyes, ni tantas o tantas medidas determinadas de flor de harina, ni una tórtola o paloma, ni otra ofrenda semejante; antes, ¿qué es lo que pide? *Llevad,* dice, *con vosotros, palabras* (Oseas, 14, 3). ¿Y qué sacrificio son las palabras?, dirá quizás alguno. Muy grande, amado hijo, y muy excelente, y mejor que todos los sacrificios. ¿Y quién lo afirma? Quien lo sabía mejor que nadie, el grande y generoso David. Porque, ofreciendo a Dios en cierta ocasión sacrificios en acción de gracias por una victoria en la guerra, decía así: *Alabaré el nombre de mi Dios con cánticos; le engrandeceré con alabanzas* (Sal. 68. 31-32). Después, mostrando la superioridad de este sacrificio, añadió: *Y le agradará más que el novillo tierno a quien le están naciendo las astas y las pezuñas.*

También yo deseaba ofrecer hoy estas víctimas y ensangrentar espiritualmente con estos sacrificios el altar. Pero, ¿qué hacer? Un sabio me cierra la boca y me llena de temor diciendo: *No es hermosa (oportuna = GRIEGO) la alabanza en boca de un pecador* (Eclo. 15, 9). Porque así como cuando se trata de hacer guirnaldas de flores, es preciso que estén limpias, no sólo las flores mismas, sino también las manos que las entretejen, así también, cuando se trata de himnos santos de alabanza, conviene que sean piadosas, no sólo las palabras,

sino también el alma del que las compone. Mas mi alma no es sino impura, desconfiada y llena de muchos pecados. Y a los que tal alma tienen los obliga a callar, no sólo esta ley, sino también otra más antigua, y establecida desde mucho antes.

El mismo David, que hace poco nos ha hablado de los sacrificios, nos dio cuenta de ella: Porque habiendo dicho: *Alabad al Señor en los cielos, alabadle en las alturas* (Sal. 148), y habiendo añadido después de pocas palabras: *Alabad al Señor en la tierra*, e invocado a entrambas naturalezas, la superior y la inferior, la sensible y la espiritual, la visible y la invisible, la que está sobre el cielo y la que está debajo de él, y formado un coro de entrambas, y exhortándolas a alabar al Rey de toda la creación, en ninguna parte invitó al pecador, antes también aquí le cerró las puertas. Y para que veás más claro lo que estoy diciendo, os repetiré desde el principio el mismo salmo: *Alabad al Señor en los cielos*, dice, *alabadle en las alturas: –alabadle todos sus ángeles, alabadle todas sus virtudes*. ¿Ves aquí a los ángeles, ves a los arcángeles, ves a los querubines y serafines, ves a las supremas potestades alabando a Dios?

Porque al decir, *todas sus virtudes*, comprende a toda la ciudad de los cielos. ¿Pero ves en alguna parte al pecador? –¿Y cómo, me dirás, se le había de ver en el cielo?– Voy, pues, de nuevo a bajarte a la tierra, y a trasladarte a la otra parte de este coro; tampoco en ella le podrás ver. *Alabad al Señor en la tierra los dragones y todos los abismos, las fieras y todos los animales, los reptiles y los volátiles alados*. No en vano y sin razón he callado entre tanto que decía estas palabras: porque me he hallado confuso, y me han sobrevenido amargas lágrimas y grandes gemidos. Porque, dime: ¿puede haber cosa más digna de lástima? Los escorpiones, las serpientes y los dragones son invitados a alabar a quien los crió, y sólo el pecador es desechado de este sagrado concierto. Y con razón. Pues el pecado es una bestia perversa y salvaje, que no sólo hace daño a los cuerpos de los consiervos, sino aun arroja el veneno de su maldad a la gloria del Señor. *Pues por vosotros*, dice, *es blasfemado mi nombre en las naciones* (Is. 52, 5; Rom. 2, 24). Por esto el profeta le arrojó de la tierra de los vivientes como de una sagrada patria, y lo lanzó al destierro. No de otra suerte un excelente músico corta una cuerda disonante de su acordada cítara, para no privarse de la armonía de los demás sonidos; no de otra suerte un entendido médico corta el miembro podrido, para que no pase su corrupción a los demás miembros sanos; no de otra

suerte obró también el profeta cuando, como a cuerda disonante, como a miembro inficionado, cortó al pecador del cuerpo universal de la creación.

III

Y, según esto, ¿qué he de hacer? Ya que he sido rechazado, ya que he sido cortado, me es preciso callar. Pero, ¿y he de callar? decidme: ¿nadie me concederá el alabar a mi Señor? ¿luego en vano he implorado vuestras oraciones? ¿en vano me he acogido a vuestras súplicas? No en vano, no tal. Porque ya he hallado, ya he hallado otra manera de alabanzas, gracias a vuestras oraciones, que en medio de esta duda me han dado luz, como los relámpagos en medio de la oscuridad: sí, alabaré a mis consiervos. Que es lícito el alabar también a los consiervos; y cuando a ellos se alaba, la alabanza redunda por completo en el Señor de ellos. Y que esto es así, lo demuestra el mismo Cristo cuando dice: *Brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (S. Mt. 5,6). He aquí otra manera de alabanzas de que aún el pecador puede hacer uso, sin traspasar por eso la ley.

IV

¿Y a quién de los consiervos alabaremos? ¿A quién, sino al común maestro de la patria [16], y, por serlo de la patria, maestro también de toda la tierra? Porque así como él os enseñó a vosotros a persistir hasta la muerte en defensa de la verdad, así vosotros habéis enseñado a los demás hombres a perder antes la vida que la piedad. ¿Queréis, pues, que con esto le formemos las coronas de los elogios? También yo lo quisiera, pero veo ante mí un piélago insondable de virtudes, y temo no me suceda que, hundiéndose en su fondo mi discurso, no pueda después salir a flote. Porque sería preciso recorrer antiguas virtudes, peregrinaciones, vigilias, cuidados, planes, luchas, trofeos sobre trofeos, victorias sobre victorias, hazañas que superan, no ya a la mía, sino a toda humana elocuencia, y requieren la voz de un apóstol movido del divino Espíritu que todo lo puede decir y enseñar.

Pero pasando de largo esta parte, vendré a otra más segura, por la que puede navegar aunque sea una pobre barquilla. Ea, pues, hable-

mos ahora de su templanza, y digamos cómo venció la gula, cómo despreció las delicias, cómo se burló de las mesas opíparas, y esto, habiendo sido educado en una casa espléndida. Porque tratándose de quien vivió en pobreza, nada tiene de extrañar que llegue a esta vida sobria y austera; pues va con él la pobreza como compañera de viaje, que cada día le aligera la carga; pero quien se ha hecho señor de grandes riquezas no se deshará fácilmente de sus trabas; tal es el enjambre de vicios que vuela alrededor de su alma, y la niebla pesada y caliginosa de las pasiones que oscurece la vista de su espíritu, y no le deja mirar al cielo, sino que le obliga a bajar la cabeza y suspirar por la tierra. Y no hay, no hay otro impedimiento tan grave para encaminarse al cielo, como las riquezas y los males que de ellas provienen. No es mío este pensamiento, sino sentencia bajada del mismo cielo: *Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que el que pase un rico al reino de los cielos* (Mt. 19, 24). Mas he aquí que lo tan difícil y aun imposible ha llegado a ser hacedero; y aquello de que antes dudaba Pedro delante de su Maestro y quería aprenderlo de él, ya nosotros lo hemos visto practicado, y aún más todavía. Porque no contento con subir él al cielo, lleva también a tan numeroso pueblo, a pesar de haber tenido, además de las riquezas, otras dificultades no menores, como la juventud y la orfandad intempestiva, capaces todas de fascinar el alma de cualquier hombre; tantas son las ilusiones, tantos los encantamientos que en sí encierran.

Pero, con todo, venció aun estas dificultades, y se apoderó del cielo, y se trasladó a él viviendo con una celestial sabiduría, y ni pensó en el brillo de la presente vida, ni miró a la gloria de sus antepasados; mejor dicho, miró a la gloria de sus antepasados, mas no de los que estaban unidos con él según los vínculos de la naturaleza, sino de los que se conformaban con él según las miras del espíritu. Por eso llegó a ser lo que es. Miró al patriarca Abrahán, miró al gran Moisés, que educado en la casa del rey, y disfrutando de una mesa sibarítica, y dejado entre las turbas de los egipcios (y ya sabéis qué costumbres tienen los bárbaros, llenas de aparato y ostentación), despreció todo aquello, y huyendo de allí a la arcilla y al trabajo de hacer ladrillos, eligió ser del número de los esclavos y cautivos, siendo, como era, rey e hijo del rey. Y por esto precisamente volvió después con gloria más espléndida de la que había dejado primero al partirse de allí. Puesto que después del destierro, de la impostura para con su suegro, de la pobreza en tierra extraña, volvió convertido en señor del

rey, o más bien, dios del rey. *Porque te he constituido*, dice, *en dios para con Faraón* (Ex. 7, 1). Y sin tener diadema, sin estar rodeado de púrpura, sin ser llevado en carroza de oro, antes pisoteando todo aquel fausto, brillaba más que el rey. *Porque toda la gloria*, dice, *de la hija del rey, está por dentro* (Sal. 44, 14). Volvió, pues, empuñando el cetro; por eso mandaba, no sólo a los hombres, sino también al cielo, y a la tierra, y al mar, y al aire, y a las aguas de los estanques, fuentes y ríos; porque en todo lo que quería Moisés se convertían los elementos, y en sus manos se transformaba toda criatura; y no de otra suerte, que se porta una sierva obsequiosa al ver presente a un amigo de su señor, así le obedecían y se le sujetaban todas las criaturas, como al mismo señor de ellas. Mirándole, pues, a él como a ejemplar, llegó nuestro padre a imitarle, y esto, siendo joven, si es que alguna vez fue joven, pues no me persuado a ello; tan de anciano eran sus pensamientos desde la misma infancia. Mas cuando según la cuenta de la edad era joven, poseyó toda la celestial filosofía, y sabiendo que nuestra naturaleza es como un campo que se cubre de maleza, cortaba con gran facilidad, como con una hoz, con los dictámenes de la piedad, todos los vicios del alma, y ofreciendo al labrador el campo limpio para la semilla, toda la recibió y la guardó profundamente en su seno, de modo que arraigase bien debajo, y ni cediese a la fuerza de los rayos del sol, ni fuese tampoco ahogada por las espinas. Así cuidó de su espíritu; por lo que hace a la carne, reprimía sus concupiscencias con el remedio de la abstinencia, echando a su cuerpo, como a caballo rebelde, el freno del ayuno, y tirando de él con tal tesón que ensangrentó las mismas causas de la concupiscencia, aunque con la debida moderación; porque ni tiraba del freno a su cuerpo de manera que, impedido el caballo, se le hiciera inútil para trabajar, ni le dejaba tan suelto que se hiciera demasiado brioso, no fuese que echando muchas carnes rechazara el dictamen de la razón que le enfrenaba, sino que al mismo tiempo tenía cuenta de su salud y de su robustez.

Ni creas que siendo tal de joven, pasada la juventud aflojó en aquel cuidado; antes bien, aún ahora, cuando, como en tranquilo puerto, reposa en la vejez, persevera todavía con el mismo empeño. Porque la juventud, amado oyente, es semejante al mar embravecido, lleno de furiosas ondas y perdidos vientos; pero las canas llevan las almas de los que han envejecido a uno como puerto sin olas, y proporcionan el goce de la ancianidad más libre de peligros. Gozando, pues, de ella nuestro padre, y sentado, como antes he dicho, en el

puerto, no tiene, sin embargo, menos solicitud que los que están agitados en medio del mar; y este temor lo aprendió de San Pablo, que habiendo subido al cielo, y pasado encima de él, y llegado hasta el tercero, decía: *Temo que después de predicar a los demás, sea yo reprobado* (I Cor. 9, 27). Por esta razón, también nuestro padre se puso en un estado de continuo temor, para vivir continuamente en esperanza, y está asentado junto al timón, observando, no la salida de los astros ni los escollos y torbellinos, sino las acometidas de los demonios, y las arterias de Satanás, y las luchas de los pensamientos; y andando alrededor del ejército, a todos infunde seguridad. Porque no atiende sólo a que no se hunda la nave, sino que todo lo remueve, si es preciso, para que ninguno de los navegantes experimente ninguna turbación. Por esto y por su prudencia navegamos todos nosotros viento en popa y a vela desplegada.

Ciertamente que, cuando perdimos a nuestro primer padre [17] que nos engendró a éste que ahora tenemos, nos vimos en grande zozobra. Por eso gemíamos desconsolados; como que no esperábamos hubiera de sentarse en esta silla otro hombre igual a él. Mas cuando apareció éste y se presentó en medio, hizo que se disipara como una nube toda aquella tristeza y desvaneció toda lobreguez, borrando nuestro llanto, no poco a poco, sino tan de repente, como si se hubiera levantado de la urna aquel nuestro padre bienaventurado, y subido de nuevo a ocupar esta silla.

V

Pero nos hemos olvidado de nosotros mismos por el entusiasmo de las virtudes de nuestro padre, y hemos extendido el discurso más de lo justo, no si se atiende a sus buenas obras (que en este caso ni siquiera hemos comenzado), sino si se atiende a lo que está bien con nuestra edad. Ea, pues, como refugiándonos en el puerto, descansemos ya en el silencio. Mas no quieren dejarme las palabras, y lo llevan a mal, y se aíran, como abejas que ansían hartarse con las flores de todo el prado. Pero esto es imposible, hijos míos. Dejemos, pues, de seguir lo que no se puede alcanzar; nos basta para consuelo lo ya dicho. Ya sabéis lo que sucede con los perfumes olorosos, que, no sólo derramando el frasco, sino también tocando la superficie con la punta de los dedos, se colora el aire, y todos los presentes se llenan del buen olor: lo mismo ha sucedido ahora, no por la fuerza de mis

palabras, sino por la virtud de las obras buenas de nuestro padre. Retirémonos, pues, retirémosnos, y entregúemosnos a la oración; pidamos que nuestra común madre permanezca sin agitación y movimiento contrario, y que éste nuestro padre, nuestro maestro, nuestro pastor, logre una vida más prolongada. Y si también tenéis alguna cuenta de mí (porque no me atreveré a contarme entre los sacerdotes, pues no es justo que los hijos abortivos sean contados entre los bien nacidos); pero, en fin, si tenéis alguna cuenta también de mí como de un aborto, pedid que descienda de arriba sobre mí grande abundancia de gracia. Porque ya antes necesitaba yo seguridad, cuando vivía por mi cuenta, libre de negocios; pero después,que he sido presentado al público (el cómo no lo digo, si fue por diligencia humana o por gracia divina, pues no quiero contender con vosotros para que nadie diga que hablo con fingimiento), pero ya que he sido presentado y he recibido este yugo duro y pesadísimo, tengo necesidad de muchas manos, de innumerables oraciones, de modo que pueda devolver el depósito entero al Señor, que me lo encomendó, en aquel día en el que sean llamados y llevados a rendir cuentas los que recibieron los talentos. Pedid, pues, no sea yo sea de los que se vean entonces atados y lanzados a las tinieblas, sino de los que logren alcanzar, a lo menos, el necesario perdón, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, y la adoración por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PRONUNCIADA EN LA TRASLACION

De las Reliquias de los Santos Mártires, depositadas en Santa Sofía de Constantinopla

He aquí una homilía de circunstancias extraordinarias. Hacia septiembre del año 398 fueron llevadas en procesión las reliquias de los santos mártires desde la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, donde se guardaban, a la iglesia de Santo Tomás Apóstol, situada en Diripia, distante 9 millas (unos 13 kilómetros) de la ciudad. Como se ve por la homilía misma, concurrió innumerable gente en todas partes, y asistió también la Emperatriz Eudoxia, esposa de Arcadio, y anduvo tan larga procesión a pie junto a la urna de las reliquias. La procesión comenzó de noche y continuó parte del día; cuando llegaron las reliquias a la iglesia de Santo Tomás, pronunció San Crisóstomo, lleno de entusiasmo, esta animadísima homilía, congratulándose de tan solemne fiesta [18].

I. Entre tantos motivos de alegría no sé cual elegir: el amor a los mártires ha incitado a todos y aun a la misma Emperatriz a imitar al Profeta David en la traslación del arca.

II. Y con razón, porque esta urna es mucho más preciosa que aquélla, pues contiene los huesos de los Santos Mártires, que tienen celestial virtud contra los demonios.

III. Me regocijo, pues, de ver tal empeño en honrar a los Santos Mártires. (Descripción de la procesión y elogios de la Emperatriz).

IV. Bendice a la Emperatriz por tan buen ejemplo, y la compara con las piadosas mujeres que asistían a los Apóstoles, y con María, hermana de Moisés.

V. Anuncia para el día siguiente la presencia del Emperador Arcadio, y termina pidiendo para él y para Eudoxia las bendiciones del cielo.

I

¿Qué diré y qué hablaré? Estoy fuera de mí y loco con una locura mejor que la misma prudencia; vuelo de júbilo, y salto de placer, y me elevo a los aires, y estoy como embriagado por esta alegría tan espiritual. ¿Qué diré y qué hablaré? ¿El poder de los mártires? ¿La animación de la ciudad? ¿El celo de la Emperatriz? ¿El concurso de los

principados? ¿La vergüenza de Satanás? ¿La derrota de los demonios? ¿La generosidad de la Iglesia? ¿El poder de la cruz? ¿Las maravillas del Crucificado? ¿La gloria del Padre Eterno? ¿La gracia del Espíritu Santo? ¿La alegría de todo el pueblo? ¿Los regocijos de la ciudad? ¿Los conventos de los monjes? ¿Los coros de las vírgenes? ¿Los escuadrones de los sacerdotes? ¿La fortaleza de los seglares, de los siervos, de los libres, de los magistrados, de los súbditos, de los pobres, de los ricos, de los extraños, de los ciudadanos? De todos ellos se puede oportunamente decir: *¿Quién dirá, Señor, tu múltiple poder¿ ¿Quién hará resonar tus misericordias* (Sal. 105, 2)? Las mujeres retiradas y más blandas que la cera, dejando sus casas, han competido en ánimo con los hombres más robustos, haciendo a pie tan largo camino; y no sólo las jóvenes, sino también las ancianas; y ni lo débil de su naturaleza, ni lo delicado de su modo de vivir, ni el fausto de la grandeza han sido obstáculo de su fervor. Los magistrados, a su vez, dejando sus vehículos, y sus lictores, y sus lanceros, se han mezclado con la gente ordinaria. ¿Y a qué hablar de las mujeres y magistrados, cuando la misma que se ciñe diadema y se viste de púrpura, por todo el camino no ha consentido separarse un punto de las reliquias, sino que como sierva acompañaba a los santos, tocando la urna y el lienzo que la cubre, pisando todo el fausto mundano, ofreciendo hermoso espectáculo a las miradas de todo este pueblo, siendo así que ni los eunucos que viven en el palacio imperial la pueden ver? La imperiosa fuerza del amor a los mártires y la llama de la caridad han obtenido que se arrojaran todas esas máscaras de vanidad, y que descubierto el corazón mostrara su celo por el culto de los santos mártires. Porque se ha acordado del Santo Profeta David que, vestido de púrpura, y ceñido de diadema, y empuñando el cetro del pueblo hebreo, en la traslación del arca, dejando todo aquel fausto, saltaba de placer, y bailaba y danzaba lleno de regocijo y fuera de sí, mostrando en sus saltos el gozo que tenía por tan ilustre suceso.

II

Pues si en el tiempo de la sombra y figura era razonable mostrar semejante alegría, ¿cuánto más en el de la gracia y verdad? Porque mucho mejor que el arca de David es la que aquí se traslada; pues no contiene placas de piedra, sino placas espirituales, y la gracia que gratuitamente florece y difunde sus resplandores, y los huesos de los santos que compiten con el brillo de los rayos solares, mejor diré, los

vencen con fulgores mucho más espléndidos. Porque los malos espíritus ningún daño reciben de mirar los rayos del sol; mas no pudiendo resistir el resplandor que de aquí brota, se ciegan, y se retiran cobardes, y desde muy lejos huyen precipitados. Tal poder tiene aún la ceniza de los santos; poder que no queda oculto dentro de las reliquias, sino que pasa muy adelante, pues ahuyenta a las impuras potestades del infierno, y a los que con fe se acercan a ella les concede con gran magnificencia la santidad. Por esto la Emperatriz, amante de Cristo, ha acompañado a las reliquias, tocándolas continuamente, y obteniendo bendiciones; y a todos ha enseñado como maestra, cuán excelente es esta espiritual mercadería, y cómo todos deben sacar agua de esta fuente espiritual que, por más que siempre se saque de ella, nunca se agota. Porque así como el manantial copioso de una fuente no se puede reprimir dentro del seno de la tierra, sino que exuberante rebosa por defuera, así también la gracia del Espíritu Santo, que está en los huesos de los santos y vive dentro de sus almas, pasa también a los demás que con fe se acercan a ellos, y redunda del alma a los cuerpos, de los cuerpos a los vestidos, de los vestidos al calzado, del calzado aun a la sombra (Hech. 19, 12). Por eso tenían fuerza celestial, no sólo los cuerpos de los Apóstoles, sino también sus sudarios y ceñidores; ni sólo sus sudarios y cintos, sino aun la sombra de San Pedro tenía mayor poder y virtud que los mismos vivos.

Asimismo, la capa que descendió sobre el cuerpo de Eliseo le trajo gracia duplicada; y no sólo el cuerpo de Eliseo, sino también aquella vestidura estaba llena de gracia (3 Re. 19, 19). Lo mismo acaeció con los tres jóvenes: porque la naturaleza del fuego no sólo respetó a sus cuerpos, sino también a su calzado (Dan. 3, 94); y con Eliseo, pues que no le abandonó la gracia después de muerto, sino que fue destruida la misma muerte, cuando fue arrojado otro cadáver al sepulcro del profeta (4 Re. 13, 21). Así ha sucedido también hoy; al ser conducidas en procesión las reliquias, han desaparecido los incendios que suscitan los malos espíritus, los llantos y los clamores, por salir de los huesos un rayo de luz que abrasaba la región de las potestades enemigas.

III

Me regocijo, pues, y salto de placer, porque habéis dejado desierta, habéis dejado vacía la ciudad, porque nos habéis hecho ver la

riqueza espiritual de la Iglesia. He aquí cuántas ovejas, y en ninguna parte se ve el lobo; cuántas viñas, y en ninguna parte aparecen zarzas; cuántas espigas de trigo, y en ningún parte hay cizaña. Un mar se extendió desde la ciudad a este puerto, mar sin oleaje, libre de naufragios, libre de escollos; mar mucho más dulce que la miel, mucho más dulce que el agua dulce. Bien diría quien le llamara mar y río de fuego; tan al vivo ofrecen a la fantasía la imagen de un río de fuego las hachas encendidas que en espesa hilera y sin interrupción se extendieron desde la ciudad hasta este santuario de mártires. Y esto de noche: porque al aparecer el día aparecieron otras hachas y luces distintas; pues a las materiales el resplandor del sol las oscurecía y debilitaba, pero hacía que resplandecieran más las que brillan en la mente de cada uno; porque el fuego de vuestro fervor superaba al calor de aquel fuego material, y cada uno llevaba dos hachas: la del fuego material de noche, y la del fervor de noche y de día; o mejor, no quiero tampoco llamarla noche, porque compitió con el día, y os trajo a vosotros hijos de la luz, y os hizo aparecer más brillantes que innumerables estrellas y que el lucero de la mañana. Porque así como los que se embriagan convierten el día en noche, así los que permanecen velando y despiertos convierten la noche en día. Por eso durante toda la noche cantaba yo aquello del Profeta: *La noche, mi resplandor, en mi alegría; y las tinieblas no se oscurecerán por ti, y la noche se iluminará como el día: como son sus tinieblas, así también su resplandor* (Sal. 138, 11). Porque, ¿a que día no ha superado en luz esta noche, cuando todos saltaban de placer por la sobreabundancia de gozo, llenos de alegría espiritual, cuando, derramándose tantos pueblos, han rodeado los caminos y la plaza? Ni había parte del suelo descubierta, sino que, cubierto de hombres, aparecía todo el trayecto como una cadena de oro no interrumpida, como un río que avanza con impetuosa corriente; y si mirábamos arriba, veíamos en el cielo la luna y los astros en medio de él, y si abajo, la muchedumbre de fieles, y a la Emperatriz en medio con más esplendor que la luna. Porque así como los astros de aquí abajo (los fieles) son mejores que los astros del firmamento, así también la Emperatriz vence en resplandor a la luna. ¿Y cómo no? ¿Acaso resplandece tanto la luna, cuanto resplandece el alma hermoseada en este acto con tan viva fe? ¿Qué podremos admirar más en ella, su celo más ardiente que el fuego, su fe más firme que el diamante, la contrición, la humildad de su alma en que a todos ha oscurecido, arrojando de sí los honores de Emperatriz y la

diadema, y todo el aparato real, y vistiendo la vestidura de la humildad en vez de la de púrpura, y brillando más con aquélla que con ésta? Muchas reinas ha habido que en muchas ocasiones comunicaron a otros las vestiduras y las coronas y aun los honores reales; tan sólo de la nuestra es este honor eximio; sólo de la nuestra es este trofeo. Porque ella ha sido la única entre todas que ha enviado ante sí a los mártires, con tan crecido honor, con tanta solicitud y piedad; ella se ha mezclado con la multitud, y ha prescindido de toda comitiva, y ha hecho casi desaparecer por completo toda diferencia de condiciones. Por eso no ha sido menos el bien que ha hecho al pueblo, que el honor tributado a los mártires. Porque todos, ricos y pobres, así como miraban a las reliquias, así miraban atónitos la constancia de la Emperatriz, pues la veían en tan largo trecho estar como pendiente de las santas reliquias, sin fatigarse ni rendirse, sino clavada a la urna que la sostenía.

IV

Por esto no cesamos de bendecirte, y no seremos los únicos nosotros, sino que lo harán también todas las futuras generaciones. Pues este acontecimiento se oirá en los términos de la tierra, y dondequiera que alumbre el sol; y lo oirán nuestros descendientes y los descendientes de éstos, y ningún tiempo lo pasará en olvido, porque el Señor lo publicará con grande honor en todas las partes de la tierra y a todas las futuras generaciones. Si hizo que la obra de una meretriz llegara hasta los términos de la tierra, y viviera inmortal en la memoria de los hombres, con más razón no permitirá que permanezca oculta la obra de una mujer tan ilustre, respetable y prudente, que, siendo Emperatriz, ha demostrado tan grande piedad; antes bien, todos te bendecirán como a hospedadora de los santos, protectora de las iglesias, émula del celo de los Apóstoles. Porque aun cuando tienes naturaleza de mujer, puedes emular las obras de los Apóstoles. Mujer fue, y de la misma naturaleza que tú, Tebe, que recibió al maestro de las gentes (San Pablo), y se constituyó en su protectora; y, sin embargo, resplandeció tanto, que aquel Santo Apóstol, digno de los cielos y mayor que los demás, publicó su nombre diciendo: *Fue protectora de muchos y de mí mismo* (Rom., 16, 2). Mujer fue asimismo Priscila, mas esto no impidió el que se publicara su nombre y fuese inmortal su memoria (Hch. 18, 2-26; Rom. 16, 3). Y, en fin, mujeres fueron otras muchas

que cuidaron de la vida de los Apóstoles. Entre ellas te contamos nosotros también a ti, y no tememos equivocarnos, porque eres puerto de todas las iglesias y te sirves del imperio de este mundo para ganar el de la otra vida, erigiendo iglesias, honrando a los sacerdotes, destruyendo el error de los herejes, recibiendo a los mártires, ofreciéndoles, no la mesa, sino el corazón, no el palacio, sino la voluntad, o más bien el palacio y la voluntad juntamente. También María fue en otro tiempo (Ex. 15, 20) delante del pueblo, llevando los huesos de José, y entonó un cántico de triunfo; mas ella lo cantó por haber sido sumergidos en el mar los Egipcios; tú, por haber sido derrotados los demonios; ella, por haber sido Faraón humillado en las aguas; tú, por haber sido reprimido el mal espíritu; ellas, con tímpanos; tú, con el alma y corazón, cuyo sonido se extiende más que el de una trompeta; ella, por haber sido libertados los judíos; tú, por haber sido coronada la iglesia; ella, conduciendo a un pueblo de una lengua; tú, a innumerables pueblos de diversas lenguas. Porque nos has traído innumerables coros de gentes, los de la lengua romana, los de la siríaca, los de otras lenguas extranjeras y los de la lengua griega, cantando los salmos de David; ¡qué espectáculo ver a diversas naciones y diversos coros tocando una sola cítara, la de David, y coronándote a ti con sus plegarias!

V

Exigía el regocijo de esta fiesta la presencia del Emperador, que tan celoso es del culto de Dios, y contigo lleva el yugo de la virtud; pero propio ha sido de tu prudencia dejarle hoy en casa y prometernos su presencia para mañana. Y en efecto, amados hijos, a fin de que la muchedumbre de caballos y el tumulto de los soldados no impidiera a las doncellas, y a las ancianas y ancianos, y turbara el regocijo, ha obrado como lo pedía su prudencia, dividiendo esta fiesta solemne. Porque si hoy se hubieran presentado ambos, hoy se hubiera acabado la festividad; pero a fin de que con el reposo de hoy crezca mañana en esplendidez y regocijo, la ha dividido, en atención a él, y presentándose hoy ella, nos ha prometido para mañana la presencia del Emperador. Pues así como es su consorte en el imperio, así lo es también en la piedad, y no permite que en las buenas obras deje él de tener comunicación, antes en todo le hace participante. Ya, pues, que conviene prolongar esta fiesta espiritual hasta el día de mañana, mostre-

mos de nuevo el mismo fervor, para que así como hoy hemos visto juntamente con la ciudad a la cristiana Emperatriz, así también mañana veamos presente con su ejército al religioso Emperador, ofreciendo a Dios el mismo sacrificio, sacrificio de piedad, sacrificio de celo, sacrificio de fe; y uniendo nuestras oraciones con las de los santos mártires, pidamos para los dos vida larga, vejez dichosa, hijos para ellos, e hijos también para sus hijos, y ante todo, que se les conserve este celo, que se les aumente la piedad, y que de tal manera terminen la vida presente, que reinen por siglos interminables juntamente con el Unigénito Hijo de Dios. *Si con él sufrimos*, dice San Pablo, *también reinaremos con él* (2 Tim. 2, 12), y gozaremos de los bienes sempiternos: ¡ojalá todos nosotros nos hagamos dignos de ellos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria al Padre y al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos! Amén.

HOMILIA PRONUNCIADA DESPUES DE UN TERREMOTO

Esta homilía tuvo lugar en una iglesia situada fuera de la ciudad, y, como se ve por el exordio, a bastante distancia de Antioquía, con ocasión de un terremoto, y estando San Juan Crisóstomo convaleciendo de una enfermedad. Pero como eran frecuentes los terremotos en Antioquía, y no menos frecuentes los achaques de San Juan Crisóstomo, no se puede fijar la fecha en que se pronunció.

El orden de las ideas es sencillísimo:

I. Es grande el deseo que tenéis de oír la divina palabra; y puesto que no ha podido impediros la fatiga del camino, tampoco a mí me impedirá la enfermedad, dado el amor que os tengo, pues con gusto derramaría por vosotros aún la sangre.

II. Grande ha sido el fruto del terremoto en vuestras almas; de él procede la mudanza de vuestros corazones.

III. Veo vuestros cuerpo fatigados; pero bien se merece tal fatiga el premio que os espera. Bien habéis hecho en velar, y santificar el aire con el canto de los salmos; así desaparecen la impiedad, la lujuria, los demás vicios, que como animales dañinos, se ocultan en sus escondrijos.

IV. ¡Cuán grande ha sido la piedad de Dios en enviarnos el terremoto! Así se ha arraigado en vosotros su santo temor, la piedad, y aún después de pasada la sacudida, permanecen sus frutos. Paréceme que el terremoto mismo decía: "Piadoso es el Señor, misericordioso, y largo en perdonar, y compasivo. Servirle con diligencia."

V. ¿Qué daño se ha seguido del terremoto? Ninguno. En cambio, mucho provecho: desaparición de vicios..., oraciones, salmos, vigilias... Con esto habéis aplacado la ira de Dios... ¿Por qué vino el terremoto? Por los pecados. ¿Por qué ha desaparecido? Por las oraciones y penitencia. Perseveremos, pues, en ellas para gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

I

Aunque a mí la enfermedad me ha impedido celebrar con vosotros esta fiesta espiritual, a vosotros, en cambio, no os ha estorbado la fatiga del camino. Porque aun cuando por el cansancio venís llenos de sudor, con todo, el deseo de instruíros ha convertido en mí la enfermedad en salud, y ha suavizado en vosotros la fatiga con el canto de

los salmos. He aquí por qué ni yo, a pesar de mi enfermedad, he encadenado mi lengua con el silencio, ni vosotros, a pesar del cansancio, os habéis privado de oírme; antes bien, con la presencia tan sólo de la divina palabra, ha desaparecido el trabajo; con la presencia de la instrucción y doctrina, ha huído la fatiga. Es que la enfermedad y el trabajo pertenecen al cuerpo, mas la instrucción es bien y medicina del alma. Y cuanto el alma es mejor que el cuerpo, tanto son sus bienes de mayor estima. Por eso, aunque no sólo me lo prohibía la enfermedad, sino también otros innumerables estorbos, ni he cesado jamás de estrecharos en lo íntimo de mi alma, ni he querido tampoco hoy dejar de asistir a esta hermosa festividad.

Antes bien, hasta hace poco estaba enclavado en el lecho, mas no ha permitido Dios que por completo me consumiera el hambre que me devora. El hambre, digo, porque así como tenéis vosotros hambre de oír la divina palabra, así la tengo yo de predicarla. No de otra suerte una madre enferma mil veces preferiría, aun con dolor, ofrecer el pecho a su hijo, que verle consumirse hambriento. Cobre, pues, vigor también mi cuerpo; porque, ¿quién no derramará con gusto aun la sangre por vosotros, que tan ardiente piedad, tan ardiente deseo de oírme habéis mostrado, tal penitencia habéis hecho por sólo un pequeño trastorno de los tiempos?

II

No hacéis diferencia entre día y noche, antes entrambos tiempos son para vosotros día, no porque mudéis la atmósfera, sino porque velando ilumináis las noches: no hay dormir para vosotros; habéis triunfado de la tiranía del sueño, porque el amor de Cristo ha vencido la debilidad de la naturaleza. Habéis dejado de ser hombres corpóreos por imitar a las celestes potestades, perseverando en vela, en rígido y continuado ayuno, y sufriendo la fatiga de tan largo camino, fatiga según la naturaleza, alivio según vuestro fervor. Este es el fruto de semejantes temores, ésta la utilidad del terremoto; utilidad que no tiene mengua, utilidad que a los pobres hace abundantes, y a los ricos enriquece más. El terremoto ni entiende de pobreza, ni entiende de riqueza; con sólo presentarse hizo desaparecer todas esas diferencias de la vida. ¿Dónde están ahora los que vestían sedas? ¿Dónde está el oro? Todo esto ha desaparecido con más facilidad que se quiebra una tela de araña, con más presteza que decaen las flores de primavera.

III

Mas ya que veo preparadas vuestras almas, quiero poneros delante una mesa espiritual más abastecida. Veo vuestros cuerpos rendidos, pero vuestras almas vigorosas. Fuentes de sudor os corren, pero no importa, pues limpian vuestra conciencia. Que si los atletas aun la sangre derraman por unas hojas de laurel, que, si hoy se alcanzan, mañana se marchitan, ¡cuánto más razonable es que vosotros en los certámenes de la virtud no cedáis a los trabajos por alcanzarla, ni os dejéis vencer de la molicie! El ver vuestra concurrencia es mi corona, y un oyente de entre vosotros equivale a toda la ciudad. Porque mientras otros ciudadanos se han ocupado, unos en coronar de vino las copas, otros en celebrar convites satánicos, otros en prepararse una mesa opípara, vosotros os habéis empleado en tan santa vela, y habéis purificado toda la ciudad con las huellas de vuestros santos pies, recorriendo la plaza en vuestro paso, y santificando todo el ambiente. Pues ello es así, que hasta el ambiente se santifica con el canto de los salmos, como lo habéis oído hoy en las palabras de Dios a Moisés: *El sitio en que has estado es tierra santa* (Ex. 3, 5). Habéis santificado el suelo; la plaza y la ciudad las habéis convertido en iglesia. Y así como un torrente, que pasa de largo arrastrando una corriente caudalosa, todo lo arrasa, así se ha henchido de agua el torrente espiritual, el río de Dios, el que alegra la ciudad de Dios, y ha purificado el revuelto cieno de la impiedad. Ya no hay ningún lascivo y petulante, y si lo hay, se convierte; oye la voz de los salmos, y se ordena su conciencia; penetra en su alma la melodía, y se reforma la impiedad: huye la pasión de la codicia, y si no huye, a lo menos, así como las fieras salvajes se esconden durante el invierno, así los malos pensamientos quedan sepultados; y, como las serpientes, por quedar sus cuerpos rígidos por el frío, se meten bajo tierra, así estas pasiones bajas y serviles se ocultan en sus madrigueras como en un abismo; y cierto, se avergüenzan de ellas los mismos que las tienen –las tienen, digo, aunque muertas– porque obran en ellos vuestros cánticos lo que el invierno en las serpientes. Llegan al oído de un codicioso, y si no le quitan la pasión, a lo menos se la amortiguan; llegan al oído de un petulante y soberbio, y aunque no den muerte a su petulancia y soberbia, a lo menos las obligan a ocultarse. Y no es poco que la maldad no tenga libertad completa.

IV

Ya os dije también ayer cuán grande es el fruto de los terremotos. ¿Y no echáis de ver la benignidad del Señor, que conmueve la ciudad, y afirma nuestra mente; sacude los cimientos, y afianza nuestras conciencias; debilita la ciudad, y robustece nuestras almas? Considerad su amor a los hombres: nos ha agitado un poco, y nos ha afirmado para siempre: dos días ha durado el temblor de tierra; permanezca en todo tiempo la piedad: un poco de tiempo os habéis afligido; mas os habéis arraigado para siempre. Pues bien sé que con el temor de Dios ha echado raíces vuestra piedad, y aun cuando desaparezca la tribulación, permanece su fruto; ya no lo ahogan las espinas, ni lo inunda la lluvia torrencial; excelente cultivo ha tenido vuestra alma con el temor, que me ha prestado auxilio en el ministerio de la palabra. Yo callo, y hablan los cimientos sacudidos; yo callo, y el terremoto lanza una voz más penetrante que la de una trompeta, diciendo así: "*Piadoso y compasivo es el Señor, largo en sufrir y de gran misericordia* (Sal. 102, 8-9); he venido yo, no para sepultaros, sino para robusteceros." Esto dice, y así habla el terremoto: Os he atemorizado, no para entristeceros, sino para haceros más diligentes. Atended con diligencia a la predicación; cuando la predicación perdió su vigor, alzó el grito el castigo; cuando la instrucción perdió su fuerza, prestóle auxilio el temor. Esto os vengo a decir brevemente, cumpliendo lo que me pertenece; cuando os haya atemorizado, entonces os pondré en manos de la palabra divina, para que no pierda de su vigor; busco las piedras y las espinas que van brotando y purifico la heredad, para que la divina palabra esparza a manos llenas la semilla."

V

¿Qué daño habéis recibido con estar por breve tiempo atribulados? De hombres os habéis hecho ángeles; os habéis trasladado al cielo no mudando de lugar, sino de costumbres.

Y no os lo digo por adularos; sirvan, sino, de testimonio los hechos. ¿Qué habéis dejado que desear por lo que hace a la penitencia? Habéis arrojado la envidia, desterrado las pasiones serviles, plantado la virtud, pasado toda la noche en santa vela, con mucha caridad y voluntad constante. Nadie se acuerda de usuras; nadie habla de avaricia; y no sólo tenéis puras e inocentes las manos, sino que también

guardáis vuestras lenguas, libres de injusticia y afrenta contra el prójimo. Nadie injuria a otro; nadie va a asistir a convites satánicos; puras están las casas; limpia de culpas la plaza; viene la tarde, y en ninguna parte aparecen las danzas de jóvenes cantando los cantares del teatro; hay coros, es cierto, mas no de disolución; coros, pero de virtudes; y en la calle se oyen sagrados cánticos, y los que están en las casas, unos entonan salmos, otros himnos; viene la noche, y todos acuden a la iglesia, a este puerto tranquilo, a esta serenidad y calma sin oleaje. Creía yo que después de uno o dos días, ya el velar había gastado vuestros cuerpos; pero ahora, cuanto más se alarga el tiempo de vela, tanto más crece vuestro fervor. Rindiéronse los cantores, y vosotros cobráis nueva vida; fatigáronse ellos, y vosotros os habéis vigorizado. ¿Dónde están ahora los ricos?; decídmelo. Aprendan la prudencia y virtud de los pobres. Ellos están acostados, y los pobres, en el desnudo suelo, no acostados, sino dobladas las rodillas imitando a San Pablo y a Silas (Act., 16). Sólo que ellos oraban a Dios y conmovieron la cárcel; oráis vosotros, y habéis afianzado la ciudad sacudida del terremoto. Contrario es el desenlace, pero ambos sucesos son para gloria de Dios. Porque en aquél removió la cárcel, para remover la conciencia de los infieles, para aterrar al alcaide, para anunciar la palabra de Dios; habéis, en cambio, vosotros afianzado la ciudad, para desviar la ira de Dios; y tanto aquel como este suceso, obedecieron a distintos planes. Con todo, me regocijo yo, no precisamente porque se ha afianzado la ciudad, sino porque se ha afianzado gracias a vuestras oraciones, porque la han apoyado, como cimientos, los cánticos de los salmos. Por arriba, os amenazaba la ira; abajo, resonaba vuestra voz, y a la ira que se desbordaba de arriba, la reprimió la voz de vuestras oraciones, que salía de abajo. Abriéronse los cielos; descendió la indignación, la espada aguzada; la ciudad, sobre el polvo; la ira, inexorable. De nada tuvimos necesidad, sino de penitencia, de nada, sino de lágrimas y gemidos, y todo desapareció; pronunció Dios la sentencia, mas nosotros disipamos su furor. No se equivocaría quien os llamase solícitos salvadores de la ciudad. ¿Dónde están los magistrados? ¿Dónde los grandes? ¡Vosotros sí que fuisteis realmente los salvadores de la ciudad, sus baluartes, su muralla y su seguridad! Porque ellos, por su maldad, causaron a la ciudad el terremoto, mas vosotros, por vuestra virtud, la afianzásteis. Si fuere alguien preguntado por qué tembló la ciudad, aunque no responda, tenga entendido que por los pecados, por las usuras, por las injusticias, por las ilegali-

dades, por las ambiciones, por las delicias, por la falsedad. ¿Y de quiénes? De los ricos. Asimismo, si es uno preguntado por qué se afianzó la ciudad, confiese que por el canto de los salmos, por las oraciones, por las vigilias. ¿Y de quiénes? De los pobres. Lo que agitó la ciudad, de ellos es; lo que la fortaleció, es vuestro; de modo que vosotros habéis sido sus procuradores y salvadores. Pero terminemos ya aquí este discurso, perseverando en velar y cantar salmos, dando gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.